

www.elboomeran.com

Jonathan Galassi

Musa

Traducción de Jaime Zulaika



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Muse
Alfred A. Knopf
Nueva York, 2015

Ilustración: © Keystone-France / Getty Images

Primera edición: septiembre 2016

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Jaime Zulaika, 2016

© Jonathan Galassi, 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2016

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7962-9

Depósito Legal: B. 14038-2016

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Ésta es una historia de amor. Es sobre los buenos viejos tiempos, cuando los hombres eran hombres y las mujeres eran mujeres y los libros eran libros, con las tapas pegadas o incluso cosidas, con cubiertas de papel o de tela, con sobrecubiertas preciosas o no tan preciosas y un maravilloso olor a polvo, a moho; cuando los libros amueblaban muchas habitaciones y su contenido, las palabras mágicas, su poesía y su prosa, eran licores, perfume, sexo y gloria para quienes los amaban. Esos lectores fieles nunca fueron numerosos pero siempre estaban enfrascados, siempre visibles y audibles, sensibles al romanticismo de leer. Quizá existen todavía, en la clandestinidad, en algún lugar, adoradores secretos del culto a la palabra impresa.

Para esos pocos privilegiados la literatura era la vida y las páginas de combustión lenta en las que cobraba forma eran el medio en el que ejercían su culto. Reverenciaban los libros, los apreciaban, amontonaban, coleccionaban, los regalaban, a veces los tomaban prestados, aunque casi nunca los devolvían. Lo raro de una pieza —el número de ejemplares de una edición, la belleza y la complejidad de su impresión, en ocasiones la calidad de su contenido— determinaba su valor. Muy de vez

en cuando se juzgaba que un libro valía millones. Las obras que llevaban la firma de su autor eran objeto de veneración, se exhibían bajo llave en el sanctasanctórum de las grandes librerías y museos. Los escritores —en aquellos tiempos sólo unos pocos se recubrían con el manto de la autoría, una profesión exigente e incluso peligrosa— eran los sumos sacerdotes de esta religión, rehuidos y considerados sospechosos por el populacho, pero idolatrados por los fieles iniciados.

Ésta es la historia de algunos de los más auténticos creyentes de este culto de auténticos. Se lucieron en los días luminosos que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, cuando todo parecía posible, y con sutileza cambiaron la cultura en la que vivían, la hicieron más rica, más profunda, más emocionante y promisoria. La riqueza y la profundidad no son cualidades muy de moda en esta época de velocidad y transformación instantánea. Nuestro mundo virtual es un mundo plano y eso es lo que nos gusta de él. Cambiamos de identidad en cualquier momento; giramos, nos reagrupamos, nos reconfiguramos, nos reinventamos. Los personajes de esta historia son diferentes. Eran fieles a su carácter en ocasiones retorcido, pero estable, y modernos al viejo estilo. Y, a su manera egoísta, fueron héroes.

Es también la historia del idilio que vivió el país con una de sus grandes poetisas. Ida Perkins atravesó el firmamento de la vida y las letras norteamericanas cuando era una jovencita y permaneció en él de un modo u otro hasta su muerte en 2010, a los ochenta y cinco años. Mientras vivió, cada una de sus palabras y movimientos se observaron, se comentaron, se magnificaron, se lamentaron. Muchos críticos —la mayoría, en cualquier caso— se postraron ante ella, pero lo mismo hizo el más común de los lectores ordinarios. Despertó la afición a la poesía en mujeres y en hombres corrientes, y, cuando murió, la expresión de congoja del país fue tal que el presidente

Obama declaró fiesta nacional la fecha de su muerte, que era también la del cumpleaños de Ida.

Sus numerosos amantes le guardaron afecto; y todos ellos buscaron y hallaron en cada uno de sus poemas reflejos de sí mismos y del amor que ella les tenía. Pero hubo otros que suspiraban por ella sin ser correspondidos, que sólo la conocieron a través de sus versos: eran los lectores que fielmente compraron todos sus libros durante su larga carrera; los editores que soñaban con publicarla; los jóvenes poetas que se sentaban a sus pies cuando ella se lo permitía y se morían por ser sus amantes; los críticos que hoy día siguen descubriendo e inventando los significados de su obra infinitamente diversa; y los académicos que en décadas futuras escudriñarán los múltiples escritos que nos ha legado: poemas, ensayos, memorias inconclusas y relatos y piezas de teatro, y cuadernos, muchos de los cuales todavía inaccesibles; todo salvo cartas, porque Ida nunca escribió ni conservó correspondencia personal. Es de suponer que recibió incontables epístolas de admiradores tan variados como Pound, Eliot, Avery, Moore, Stevens, Montale, Morante, Winslow, Char, Adams, Lowell, Plath, Olson, Kerouac, Ginsberg, Cheever, Hummock, Burack, Erskine, O'Hara, Merrill, Gunn, Snell, Vezey, Styron, Ashbery, Popa, Bachmann, Milosz, Merwin, Sontag, Carson, Nielsen, Glück, Cole y McLane, por nombrar sólo a unos pocos de sus asociados literarios más cercanos. Pero aunque sin duda leyó muchas de estas cartas, no conservó ninguna, que sepamos, y todos sus correspondientes sabían que más valía no esperar contestación. Para Ida, las palabras servían para susurrarlas conspirativamente (y para desmentirlas), o para consignarlas irrevocablemente en la página. Su voz entrecortada, reconocible de inmediato —para ser una estrella de alto voltaje intelectual, daba una impresión de timidez extrema—, formaba parte de lo que Stephen Roentgen, su segundo marido y, según la opinión ge-

neral, al que más amó de todos ellos, llamaba su «necesidad vitalicia de parecer normal».

A Ida le desagradaba hablar de literatura; lo encontraba aburrido, impropio: era hablar del trabajo. La cocina, la jardinería, el cine, el sexo y la política eran sus temas de conversación preferidos. Y el cotilleo. Siempre el cotilleo. Se la consideraba una de las mejores narradoras orales del mundo, aunque tenía un tono indulgente que convertía en meros detalles los peores delitos.

Entre sus más fieles acólitos estaban dos importantes editores de su tiempo: Sterling Wainwright, genio fundador y presidente de la prestigiosa e influyente Impetus Editions, que era también primo segundo suyo, su primer amor y su editor principal; y Homer Stern, rey de Purcell & Stern, el rival chillón y chabacano de Sterling, largo tiempo enamorado de Ida y que tal vez pudo aplacar esa llama al menos una o dos veces en los primeros años que ella pasó en Nueva York. Y también estaba Paul Dukach, que tuvo la suerte de ser, en el momento justo, un joven editor en la empresa deshilvanada pero importante de Homer. Paul idolatraba a Ida a distancia, con un fervor cuya anhelante frustración a veces le enfermaba: era la clase de devoción febril que si no tienes cuidado puede achicharrar al objeto de tu culto, ignorante de la pasión que despierta. Al final, la de este joven por Ida transformaría la trayectoria de su obra y cambiaría la vida de todos ellos.

Damos tanta importancia al amor... Vivimos para el amor, sufrimos por su causa, nos convencemos de que sin él moriremos y hacemos de su búsqueda el objetivo de nuestra vida. Pero el amor, amigos míos, es un terrible sufrimiento. Nos distrae; absorbe tiempo y energía, nos vuelve apáticos y desdichados cuando nos falta y criaturas bovinas cuando lo encontramos. Se podría decir que estar enamorado es el me-

nos productivo de los estados de ánimo. No es, como tanta gente cree, sinónimo de felicidad. Por eso, cuando digo que ésta es una historia de amor estoy diciendo que no es una historia totalmente feliz. Es lo que es: la verdad desnuda, el género de que está hecha la vida desordenada de nuestros héroes y heroínas, el aroma de sus días y sus noches, el tuétano de sus almas. Vayan con tiento.

I. HOMER Y COMPAÑÍA

—¡Que se jodan los campesinos!

Este antiguo grito de la estepa rusa era el brindis acuñado por Homer Stern, fundador, presidente y editor de la pija, pobretona e independiente editorial Purcell & Stern. A menudo brindaba de este modo en las cenas que celebraban las victorias de sus autores o, mejor aún, sus derrotas, tras las numerosas ceremonias de entrega de premios que salpicaban el año editorial. El saludo de Homer a sus guerreros dividía el mundo claramente entre *nosotros* y *ellos* —o quizá entre *yo* y *ellos*—, un reflejo muy exacto de su visión del mundo, semejante a la de Atila.

Homer era un mujeriego y no se esforzaba especialmente en ocultarlo. Formaba parte de la amplia publicidad de su ego, que a algunos les parecía encantador y otros tantos detestaban. Para sus amigos, su franca apreciación de la carne de caballo femenina cuadraba con su fuerte, nasal acento de clase alta neoyorquina y con su llamativa ropa cara —«A él le sienta bien», concedió Carrie Donovan en las páginas de *Harper's Bazaar*— y su afición por los puros cubanos y los Mercedes descapotables. Le había costado años comprarse un coche alemán después de la guerra, pero su

gusto por el lujo y la ostentación acabó prevaleciendo sobre cualquier reparo histórico o religioso que le quedase. Homer exudaba una especie residual, venida a menos, de derecho de pernada judío alemán que sólo era ligeramente im-postado. Lo había heredado de su padre, nieto de un magnate maderero que había amasado una fortuna en el Oeste cuando el primer ferrocarril transcontinental necesi-tó traviesas para el vagón de carga. Pero de esto hacía mu-cho tiempo, y las arcas de la familia Stern, después de tres generaciones de dispendios sin reposición, no estaban en absoluto tan llenas de dólares como habían estado. Como en el caso de muchos que vivían de una riqueza heredada, el sentido que Homer tenía de lo que el dinero puede com-prar no había seguido el ritmo de la inflación. Era famoso por las míseras propinas que dejaba.

Aun así, se deleitaba en la *bella figura* que le permitía dar la impresión de ser más pudiente de lo que era. Una vez le dijo a su hijo Plato que parecer rico le facultaba para posponer el pago de sus facturas de imprenta; su impresor preferido, Sonny Lenzner, siempre daba por sentado que podría pagarle cuando se lo pidiera. Respecto a su mujer, Iphigene Abrams, heredera también, en su caso de la for-tuna de unos deslucidos grandes almacenes de Newark, aseguraban que había dicho, no sin orgullo (se habían ca-sado a los veintiún años, casi al estilo de una boda concer-tada, y habrían de seguir juntos, tanto a las duras como a las maduras, durante sesenta y tres años): «No hay nada que a Homer le guste más que caminar por una cuerda floja sobre el abismo.» Iphigene publicó en los años seten-ta y ochenta una serie de novelas de memorias neoproustianas que algunos apreciaron mucho. A muchos les diver-tían sus afectaciones de literata eduardiana –vestidos de chifón muy holgados y sombreros de jardinero, o pantalo-

nes de montar y fusta—, como si quisiera proclamar que era de otra época y se enorgullecía de ello. Era el complemento perfecto para «la ostentación de nuestro grupo mafioso» que practicaba Homer. Eran toda una pareja.

Stern era el último de los editores «caballeros» independientes, vástagos de las fortunas de la Revolución Industrial que habían decidido gastar lo que les quedaba de la herencia en algo que les divirtiera y que quizá también, en general, valiera la pena. A la universidad, inmediatamente después de la guerra —estudió en una serie de instituciones cada vez menos serias y siempre se las ingenió para que le expulsaran antes de licenciarse—, le siguió un periodo en el sector de relaciones públicas del ejército, donde hizo todo lo que pudo para atraer con eslóganes y carteles a un público cansado de conflictos. También había adquirido una propensión a practicar una ingeniosa irreverencia, que, combinada con las expresiones yidis que aprendería más tarde, cuando él y Iphigene se interesaron por sus raíces judías, contribuiría a un delicioso estofado idiomático, exclusivamente suyo.

En los oscuros días de los años cincuenta, cuando Homer se propuso crear una editorial con Heyden Vanderpoel, un wasp acaudalado que conocía de jugar a tenis, invitó a asociarse a ellos a Frank Purcell: «Como el compositor», decía siempre que le presentaban a alguien, por si erróneamente cargaba el acento en la segunda sílaba. Frank era un reputado ex editor de una generación más antigua al que habían despedido sin miramientos de su empleo anterior mientras estaba en Corea. Al final, la madre de Vanderpoel se opuso a que se vinculara su impecable apellido con el de un judío, y Heyden, de todos modos, tampoco quería trabajar de nueve a cinco, con lo cual sólo quedaron Homer y Frank: Stern y Purcell. O Purcell y Stern, como Frank había